

## ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

Walter Hanisch Espindola, S.I. — **LA FILOSOFIA DE DON JUAN EGAÑA** — Instituto de Historia, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1964, 153 págs.

En la historia de la emancipación y de los primeros tiempos del Chile independiente el nombre de don Juan Egaña suscita de inmediato la imagen del letrado por excelencia, del hombre leído y erudito a quien recurren, casi como a un oráculo, los gobernantes y los hombres de acción.

En la obra del P. Hanisch se abraza, por primera vez, toda la ideología de don Juan, en una exposición sistemática que ha perseguido, especialmente, la búsqueda de las fuentes y de las influencias intelectuales. Aquella imagen del Egaña erudito, formada sobre un conocimiento superficial, encuentra aquí su plena confirmación. Ningún chileno de entonces tuvo tan amplias inquietudes intelectuales. Desde la teodicea hasta el magnetismo animal, que en cierta época llega a ser, según declaraciones de don Juan, su "embeleso"; desde la lógica hasta la teoría de la organización política, que es su real y permanente embeleso, nuestro prócer recorre todos los caminos, con juicio propio y con buen conocimiento de las fuentes.

La caracterización ideológica de Egaña aparece, a través del estudio del P. Hanisch, con claridad. Es, en lo fundamental, un hombre del siglo XVIII. Cree en la ciencia como elemento de adelanto moral, en el progreso, en el poder decisivo del Estado como factor del desarrollo social, en la posibilidad de moldear una nueva sociedad por medio de la educación. La razón tiene para él, por lo tanto, un alcance decisivo en la marcha de la humanidad. En lo religioso, siguiendo la huella de tantos pensadores diciochescos, invoca a menudo la disciplina de los primeros tiempos y, siendo fervoroso creyente, no vacila en reconocer al poder civil facultades propias de la jurisdicción eclesiástica.

La obra del P. Hanisch, además de su valor propio, que es grande, tiene el de sugerir, y a veces esbozar, estudios de importancia para el

conocimiento de la ideología de la época. La enorme abundancia de precedentes y conexiones del pensamiento de Egaña que se hacen valer, muestra a menudo caminos que conviene ir desbrozando.

Un estudio como éste supone un conocimiento extraordinario de las abundantes obras de Egaña y de la historia de las ideas. La conjunción de ambos requisitos ha producido el más sólido trabajo que se haya publicado sobre la ideología de un hombre de la emancipación y los primeros pasos de la república.

J. G. E.

**LA UNIVERSIDAD EN TIEMPOS DE CAMBIO** — En colaboración — Ed. del Pacífico, S.A., 1965, 146 pp.

Las transformaciones que experimenta el mundo actual y en particular nuestro continente latinoamericano en vías de desarrollo, exigen la creación de nuevas instituciones y cuestionan seriamente a las clásicas, sean ellas sociales, culturales o políticas. La Universidad, centro cultural, científico y profesional de un país, es una de estas instituciones vitales a quienes se les pregunta si están respondiendo a las exigencias de nuestro desarrollo económico-social y cultural.

Desde hace ya largo tiempo vienen apareciendo artículos y ofreciéndose conferencias que pretenden enfocar este problema de diversos ángulos. La inquietud está en todos los ambientes. El año pasado, los alumnos de la Universidad Católica de Santiago, por iniciativa de su Federación de Estudiantes, se plantearon el problema en una Convención, e hicieron luego una publicación —"La Universidad, nuestra tarea"; Ed. del Pacífico—, que pretendía ser una pe-

queña antología sobre algunos aspectos de la Universidad. Se agregaba a ella una bibliografía muy completa sobre temas universitarios. Respondiendo a esta misma inquietud, la Editorial del Pacífico ha publicado una nueva obra, en la que participan figuras destacadas del ambiente universitario, profesional, político y económico. Entre otros Eduardo Frei, Máximo Pacheco, Juan de Dios Vial, Héctor Croxato, Hernán Larraín, E. D'Etigny, analizan con imaginación y seriedad lo que es y lo que debe ser la estructura y orientación de la Universidad en nuestra época. Se trata de un estudio en base a datos concretos sobre la realidad latinoamericana y especialmente chilena.

Esperamos que esta contribución a la reforma de la Universidad, estimulará no sólo nuevos estudios, sino también una acción eficaz y profunda que comience a dar sus frutos.

J. P.

**Enrique Lafourcade — NOVELA DE NAVIDAD** — Editorial Zig Zag, Santiago, 1965.

Enrique Lafourcade pertenece a un gremio poco abundante en Chile: el del novelista profesional. Trabaja intensa, sistemáticamente. Planifica y publica sus obras con regularidad, y parece conocer todos los resortes de la promoción. Pecados difíciles de perdonar, en un medio como el nuestro, donde son tan corrientes los escritores que no escriben —pero "tienen muy buenas ideas"... mucho mejores que las que otros realizan—, y donde es práctica más o menos difundida la de conseguir críticas de favor.

Sin embargo, hay otro pecado que se suele perdonar aún menos a

"Mensaje" se complace en felicitar a su antiguo y fiel colaborador, R.P. Walter Hanisch, s.j., por su nombramiento como Académico de Historia. Se alegra profundamente ver así reconocidos sus méritos de paciente y fecundo investigador.

Enrique Lafourcade: escribe bien.

Es evidente que él lo sabe, que disfruta —incluso— con los recursos que esgrime, adapta, inventa. Al leerlo, se siente su dominio de la técnica; una, casi para cada obra. Cada obra parece ideada y trabajada por él como una especie de gran estructura ingenieril, en que se aunan la concepción audaz y la labor menuda de ir colocando las piezas en su lugar, cuidando de que no sobre ni falte ninguna y de que todas cumplan su función específica.

Enrique Lafourcade sabe escribir y quiere escribir.

Es un escritor completo. Pero, es también un escritor perfecto? Aquí entra el aspecto negativo de su profesionalismo, de su ingeniería estilística. Porque es evidente que en algunas de sus novelas hay demasiado cálculo. Se han previsto la totalidad de los efectos, menos uno: el del contacto de ser humano a ser humano con el lector.

**Invencción a dos voces** es el ejemplo más claro de la pirotección de Lafourcade. De la búsqueda de lo espectacular por lo espectacular. Había una intención de crítica social, de planteamiento filosófico, incluso. Ambas cosas, no obstante, parecen hallarse muy en el origen del libro, y han quedado aplastadas por un complejo agobiador de toques efectistas. Además, en ésta y en casi todas las novelas que la precedieron, circula, como una especie de escalofrío, la trágica conciencia de que el autor no ama a ninguno de sus personajes. Ni los odia. Sólo los maneja.

No hay duda de que los maneja con destreza, y eso ha traído a Enrique Lafourcade una verdadera ola de aplausos fáciles y desorientadores, que semejan empujarlo, casi inevitablemente, a perpetuar sus errores. Sin embargo, él no es hombre que se deje llevar. Buscador incansable, suele definir su búsqueda diciendo: "Uno escribe muchos libros, quizá para haber escrito al fin uno solo."

Si esto fuera efectivo, ese libro podría ser, en su caso, **Novela de Navidad**.

Es la novela de los pelusas. En sus páginas viven, se mueven y —de alguna misteriosa manera— se dignifican y subliman esos pequeños aventureros del Mapocho. Los cantores de micros. Los niños nocturnos, que piden limosna, o la toman, a la hora en que la gente regresa del cine o de la fiesta. Engañan y son engañados, en una mezcla extraña de ingenio y delito, de ingenuidad y astucia, de lucha y de juego.

La ciudad es una permanente enemiga para ellos. Desde el reducho de su propia sensación de culpa, una burguesía simplista se limita a protestar porque "andan solos". A veces les arroja unas monedas y una fórmula de compasión. A veces los

expulsa con violencia del café que ensucian con sus harapos. Nunca saben dónde van a dormir, ni qué van a comer. Temen, incluso, que los cacen "los curas", para darles cierta comodidad a cambio de su libertad.

Pero han ido al cine, y juegan. Son niños.

Lafourcade insiste en llamarlos "los niños", con reiteración, como si con esa sola palabra quisiera castigar al lector en su propia responsabilidad frente al hecho de que esos son niños y no tienen casa. Ni tienen padres. Uno supone que la Celeste, una prostituta, es su mamá. Algunas veces le da algo.

Pero la ternura del libro no está localizada. No pertenece ni a esta escena ni a aquella. Fluye del fondo. De la ilusión con que los pelusas juntan dinero y se lo entregan a don Jaime, que ha prometido comprarles un bote de vela para que puedan ir al Norte, donde no hace frío por las noches. De las ocasionales bondades de Rapuncel, la muchachita que es bella y tiene misteriosos éxitos monetarios. De la camaradería inexpresada que los une. Del hecho de que alguna vez lleguen a reír.

¿Novela picaresca? Enrique Lafourcade la presenta como tal. Pero, precisamente la ternura —su gran triunfo— es lo que impide en definitiva que el libro pueda incorporarse a un género en que lo característico es el cinismo, la visión amarga de la vida y de los hombres. Aquí no. Y al redimirse de su frialdad anterior, Lafourcade, quizá por primera vez, yerra en la elección del nombre.

**Novela de Navidad** no es picaresca, y nada importa, porque es una gran obra. Será difícil escribir sobre este período de nuestra literatura sin hablar de ella. Y será imposible que quien la ha leído vuelva a mirar a los pelusas que desafían en las miradas con igual mirada que antes de leerla.

Y aquí surge otra pregunta: ¿Novela perfecta? No. Están las "prosas azules", trozos impresos en tinta azul, despegados de la acción, y que comienzan como especies de desahogos líricos del escritor, pero terminan cayendo en la vieja pirotección: "Era pobre, sucio, blanco, tierno, negro, duro, suave, duro, negro, tierno, blanco, sucio, pobre, era." Cuando esto se repite, se va intensificando —como si en vez de estar cometiendo un gran error se estuviera haciendo un gran descubrimiento—, el lector alcanza a sentir algo de la vieja irritación que en otras obras de Lafourcade le provocaban los juegos piroteónicos.

Al final, sin embargo, viene una cálida reconciliación. Mirando al libro en conjunto, se perciben los contornos de una obra maestra, de lo que muy probablemente será una cumbre en la historia literaria chi-

lena. Y el lector se promete que en la relectura —que sabe inevitable— materializará la reconciliación, con el gran talento de Enrique Lafourcade saltándose los trozos impresos en azul. **Novela de Navidad** no los merece.

Guillermo Blanco

Joaquín Allende — BIENANDANZAS, poemas — Ediciones del Instituto de Cultura Hispánica de Valparaíso, 1964.

Quizá si lo más notable —y lo que surge en una palabra, como síntesis— de la poesía de Joaquín Allende es la sencillez. Sencillez que está casi siempre en la forma y casi siempre también en la temática, pero que, más fundamentalmente, parece animar toda la actitud espiritual del poeta. Y sin esta sencillez de la raíz, las otras dos serían inevitablemente limitadas, o podrían entrar en el terreno peligroso de los "recursos".

Pero aquí no hay recursos. Aun la frase algo oscura, o la imagen que requiere cierta arqueología ideológica, y que a simple vista pudiera parecer intelectualizante, responde a lo contrario: a una falta de elaboración que empalma con el mejor primitivismo. **Mi abuelo**, uno de los trozos más logrados, ejemplifica bien la extraordinaria incomplejidad de Allende:

Mi abuelo  
era sabio  
y aparecía en los periódicos.

Un clavel llevaba en el ojal.  
Lo cambiaba de noche  
y nosotros creíamos  
que era siempre el mismo  
y que la flor  
tenía  
su raíz  
en el corazón de mi abuelo.

Alfonso Luco, el pintor —hijo del abuelo del poema—, ha dicho que él "conocía estos versos antes de que se escribieran, porque conocí a mi padre". Es cierto. Pero este abuelo concreto es, al mismo tiempo, "el" abuelo, cualquier abuelo admirable y amable. Y el lector que no lo tuvo o no lo conoció, lo adopta como propio.

Es virtud de Joaquín Allende que cuando su pluma se aparta de esta imaginería cotidiana, cuando revela experiencias intransferibles, también hay en ellas cierto toque del cual no es posible desentenderse. Que se vive con la lectura. Y su visión de la divinidad produce igual efecto, porque no es de suave complacencia —no es de "dulzura", como alguien dijo—, sino de inmensa, nerviosa inquietud. Hasta de rebeldía.

La sencillez, la falta de elaboración, define casi íntegramente estas **Bienandanzas**. En los méritos y en las ocasionales caídas, que se deben a la conservación del material en su

primer estado de brote. Esto, sin embargo, es lo superable. Lo que el tiempo y la revisión corrigen. Lo que no dan el tiempo ni la revisión —la palabra auténtica del poeta, la mirada primigenia a lo cotidiano—, eso ya lo ha logrado Joaquín Allende en la gran mayoría de sus versos.

Gullermo Blanco

Camilo Pérez de Arce — LA PLAZA DE LAS CUATRO CALLES — Editorial Zig Zag, Santiago, 1965.

Tal vez alguien lo haya dicho antes, porque es una gran verdad: para entender la historia no basta la historia. A veces es necesaria la crónica menuda, a veces la anécdota, a veces el poema épico. Y a veces, la novela. Benito Pérez Galdós lo demostró en sus **Episodios Nacionales**, y José María Gironella en **Un millón de muertos**.

En Chile, donde se ha escrito mucha historia, hay pocas novelas de este tipo, y muchas menos de calidad. **La plaza de las cuatro calles** es una.

Camilo Pérez de Arce, novelista policial y autor dramático, narra ahora, mitad en ficción, mitad con los hechos, la batalla de Rancagua. Y —hombre sencillo— tiene la virtud de no atiborrar su obra de documentos y citas. Parece sólo haber lo necesario. A ratos, incluso, se sospecha que los personajes, por ejemplo, son demasiado de hoy, como si el autor los hubiese trasladado a la época sin barniz histórico.

Pero luego parece tan justo, y hasta dan ganas de que haya sido deliberadamente hecho así. Porque de lo que se trata es de mostrar a la patria que nace luchando por su independencia. Y ayuda a entenderlo el oír a los rotos de Rancagua dialogando como los de hoy, en cualquier parte del territorio.

Y en seguida, la batalla. ¿Qué mejor manera de sentirla que a través de un personaje imaginario que, por serlo, es el más real de todos, aquel en cuya psiquis se introduce

libremente el escritor, sin miedo de errar? Están los otros, los próceres. Se los ve pasar como en un épico desfile, al fondo. Y en el primer plano, sintiendo lo que ellos sintieron sin duda —pero sin constancia documental—, el protagonista creado, sus amigos, sus parientes.

A través de ellos, en un relato que jamás decae, la epopeya revive en las páginas del libro, con agilidad, con emoción y con una inmediatez que a ratos permite sentir el olor de la pólvora o —lo que es más importante— el fervor de la gesta.

B.

Maurice Blondel - Auguste Valensin — CORRESPONDANCE 1912-1947 — Texte annoté par Henri De Lubac, Paris, Aubier, 1965. 261 págs.

Por fin apareció el tercer volumen de esta interesantísima correspondencia entre el filósofo de la Acción y el "gran señor del espíritu", como se ha llamado al Padre Valensin. Los dos primeros volúmenes habían sido publicados en 1957; uno se extraña de que ocho años hayan sido necesarios para preparar un tomo notablemente más delgado que cualquiera de los dos anteriores, pero después de haberlos leído, comprendo que estos escritores encuentran a veces obstáculos involuntarios para publicar...

La literatura epistolar tiene un atractivo especial: su espontaneidad, intimidad, soltura. La pluma corre ágil, alineando en el papel las ideas, sentimientos y comentarios que brotan de espíritus que son actores en una historia en la que también nos encontramos nosotros. El Padre de Lubac ha manejado con tacto las tijeras para ahorrarnos los trozos intrascendentes y dejarnos conocer sólo aquellos que interesan a la historia del pensamiento católico francés de nuestro siglo, sus profundas divisiones, su complejidad, las diversas actitudes espirituales y metodológicas y hasta ciertas tropelías que suceden entre bastidores, que pertenecen más bien, si se quiere,

a la "petite histoire", pero que contribuyen no poco a hacer comprender la grande.

Los dos primeros volúmenes, especialmente en las notas añadidas a cada carta, habían sido generosos en mostrarnos los entretelones del modernismo y del integrismo, las dos posiciones exacerbadas entre las que se debatía lo más sano y lo más creador de la intelectualidad francesa. El modernismo fue drásticamente reprimido por la autoridad eclesiástica aún antes de que llegara a tomar cuerpo y solidez. El integrismo en cambio, más hábil y astuto, más "camuflado" y más protegido, intachable por su celo devorador, ha podido perdurar hasta nuestros días. Y no sólo en Francia o en Italia, sino en todas partes donde la creatividad católica choca con las cómodas rutinas, la nostalgia de un pasado idealizado, el apego a lo que con mala conciencia se cree intocable, el miedo, la desconfianza y la desesperación.

Este tercer tomo, sin embargo, contiene utilísimos elementos para una total y definitiva reivindicación de la gigantesca personalidad intelectual y moral del filósofo francés Maurice Blondel, tan desconocido cuando no infamado en nuestro mundo hispanoamericano. Al mismo tiempo que la lucidez de su penetrante inteligencia, se nos hacen patentes la profundidad y oportunidad de su meditación filosófica y cristiana, su altura de miras en las incomprendidas de que era objeto por parte de algunos intemperantes teólogos y celosos filósofos (como Maritain, p. ej.), su paciencia, confianza, fortaleza en seguir fiel a su intuición e intención inicial, la de trazar un camino hacia el Único Necesario para las inteligencias contemporáneas. "Vuestra caridad intelectual de Buen Samaritano —le escribe en 1944 Mons. Montini entonces Sustituto de la Secretaría de Estado— inclinándose sobre la humanidad herida, esforzándose en comprenderla y hablándole en su propio lenguaje, contribuirá eficazmente a reponerla en las indeclinables y salvadoras perspectivas de su vocación divina" (pág. 223).

Jorge Hourton